A black sign with white text

Description automatically generated**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***23. Nace El Rey***

A black sign with white text

Description automatically generated**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***23. Nace El Rey***

*«Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador,   
porque se ha dignado fijarse en su humilde sierva».* LUCAS 1:46-48 (NVI).

**Introducción**

Para la mayoría de los niños, la noche más larga del año es la Nochebuena. Una vez que se acuestan, el sueño viene despacio. La emoción y la expectativa por lo que les espera a la mañana siguiente son casi insoportables. En esta noche particular del año, el tiempo parece detenerse.

**Todo plazo se cumple**

No conozco a nadie que le guste esperar. Si estás apurado en el almacén, por favor, no te pongas en la fila detrás de mí, porque yo parezco congelar la marcha en cualquier fila en que me encuentre. El cajero se detiene y llama para verificar un precio al menos tres veces. Y cuando llega el momento de que la buena ancianita que está delante de mí tiene que pagar, ella toma su bolso, saca una larga tira de cupones y comienza a buscar los que sirven para pagar sus compras. Cuando por fin es mi turno, la caja registradora se queda sin papel y el cajero no puede encontrar un rollo nuevo por ninguna parte.

Si eres mujer y alguna vez estuviste embarazada, es muy probable que escuchaste alguna vez las preguntas: «¿Cuánto tiempo te falta? ¡Estas últimas semanas andas a paso de tortuga, ¿no es cierto?». Es casi como si fuera tu culpa que el bebé no llegue cuando todos piensan que debería hacerlo. Nueve meses es un largo tiempo para esperar un bebé.

También lo son cuatrocientos años. Ese fue el tiempo que el pueblo de Dios tuvo que esperar después que el templo había sido reedificado. Excepto que ellos no estaban esperando a un bebé; estaban esperando a un rey y la promesa de que “gobernaría sobre el trono de David sobre su reino” (Isaías 9:7).

No obstante, en vez de eso tuvieron un escándalo. O al menos eso es lo que parecía desde la Historia Secundaria. Una joven pareja –José y María– estaba comprometida para casarse. Entonces María le da a José la noticia: «Estoy embarazada». Ponte en los zapatos de José. Te enamoras de una bella jovencita que todavía es una adolescente. Le propones matrimonio y ella acepta. Ambos consideran que el sexo es un regalo reservado para el matrimonio, así que deciden honrarse uno al otro y esperar. ¡Y después ella viene y te dice que está embarazada!

La mayoría de los chicos estarían furiosos. Eso la acusaba de haber andado por ahí con otro. Pero José es un hombre sensible. No quiere causarle a María más problemas enojándose con ella y decide que lo mejor es finalizar la relación de manera tranquila y seguir adelante con su vida.

Lo que él no aún no sabía era que Dios ve las cosas de manera distinta en la Historia Primaria. Lo que era un escándalo para José, representaba una solución según Dios. Recuerda, la Historia Primaria tiene un tema principal: «Quiero darles una manera de volverse a mí para que podamos vivir juntos». José tenía un rol principal que jugar en este plan. Dios no puede dejar que José se marche, así que le envía a uno de sus ángeles para que pueda vislumbrar algo de la Historia Primaria. En un sueño el ángel le dice: “José, hijo de David, no temas recibir a María por esposa, porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:20-21).

Cuando el ángel le recuerda que él no era cualquier israelita, sino uno de la línea de David, José de algún modo supo que ese era un dato muy importante. Probablemente él sabía de las profecías leídas cientos de veces en el templo: el Mesías tan esperado vendría de la tribu de Judá, la tribu de David. ¡*Su* tribu!

¿Y qué del bebé que estaba en el vientre de su prometida, concebido por el Espíritu Santo? Naturalmente, José se sintió aliviado de saber que María le había sido tan fiel como él lo había sido con ella, pero eso no era algo que Dios estuviera haciendo únicamente para ayudar a José y María a salvar las apariencias. ¿Recuerdas cuando aprendimos en la historia de Caín y Abel que la naturaleza pecaminosa se transmitió a toda la descendencia de Adán y Eva a través de la semilla de la humanidad, todo porque Adán y Eva eligieron desobedecer a Dios y el pecado está arraigado literalmente en nuestro ADN?

**El ADN del Espíritu de Dios**

Por esa razón comenzar todo de nuevo con la familia de Noé no dio resultado. Aunque Noé era en realidad un hombre justo y de veras trataba con todo su corazón de hacer lo correcto, también él era portador del virus. Y esa es la razón por la cual, independientemente de lo mucho que tú y yo lo intentemos, no podemos tener éxito por nuestros propios medios. Más tarde o más temprano, el pecado gana la batalla sobre nuestras buenas intenciones, separándonos de Dios.

El Mesías prometido, que proveería para cada uno de nosotros un camino de regreso a Dios a fin de vivir con él para siempre en su perfecta comunidad, tenía que estar libre de ese virus. El hijo de María no podía ser engendrado por ningún hombre, ni siquiera por un hombre tan piadoso como José. El bebé que estaba en el vientre de María había sido puesto allí por el mismo Espíritu Santo. Lo que parecía ser escandaloso en la Historia Secundaria constituía en esencia las grandiosas “Buenas Nuevas” de la Historia Primaria.

El ángel también le revela a José que “es un niño” y que su nombre será Jesús, una forma del nombre Josué, que significa «el Señor salva». Y entonces, solo para asegurarse de que realmente entiende lo que está ocurriendo, el ángel le aclara a José: “él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21).

Las Buenas Nuevas estaban a punto de llegar. El pueblo de Dios había estado esperando por más de dos mil años, desde que Dios le prometió a Abraham que sería el padre de una gran nación. La Biblia nos dice: “Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por medio del profeta: “La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamarán Emanuel” (que significa “Dios con nosotros”)” (Mateo 1:22-23). Lo que le estaba sucediendo a María había sido profetizado por Isaías setecientos años antes. Todo en la vida y la historia de Israel había estado apuntando a la llegada d Jesús. ¡Todo!

El bebé que crecía dentro del vientre de María era Dios mismo. El Hijo de Dios estaba dejando la Historia Primaria para descender no solo a fin de estar con nosotros, sino para ser uno de nosotros. Para caminar con nosotros, hablar con nosotros, vivir con nosotros. Nos referimos a eso como la *encarnación*, que literalmente significa «en la carne». A través de Jesús, Dios descendió y se hizo carne para estar entre nosotros. Para ser nuestro representante, nuestro avatar final. Vino a fin de hacer por nosotros lo que no podíamos hacer por nosotros mismos: borrar nuestro pecado que nos aleja de Dios.

¿Y qué acerca de María? Los historiadores dicen que ella era tan solo una adolescente (era común que una jovencita de ese tiempo se casara en la adolescencia). Ella amaba a José y se guardaba pura para él, pero de repente descubre que estaba embarazada. Confusa y asustada, se debe haber preguntado cómo podía haber sucedido eso. Sabía que aquello era un escándalo y que José probablemente la abandonaría. ¿Qué haría como una madre adolescente sola?

En su Historia Secundaria, su vida se está derrumbando. No obstante, como hemos aprendido a través de cada historia hasta este momento, la Historia Primaria de Dios tiene como objeto cambiar nuestro caos y confusión   
–aun nuestros errores– en algo hermoso. Este no se trataba de un embarazo no previsto, sino el despliegue milagroso del plan final de Dios para proveerles un camino a todos a fin de vivir en su perfecta comunidad por siempre.

José despierta de su sueño y va directo a la casa de María para reafirmarle que todo iba a estar bien. Que no está enojado con ella y sabe que no ha dormido con nadie. Le cuenta todo sobre su sueño y que ella pronto dará a luz al Hijo de Dios. Le reafirma su deseo de ser su esposo, y poco después se casan. Tú conoces el resto de la historia. Casi todos la conocen. Casi todos pueden decirte qué pasó en la Historia Secundaria.

María y José viajaron a Belén, la ciudad de sus antepasados, para ser contados en el censo que César Augusto, el emperador de Roma, había mandado (Lucas 2:1-7). Cuando llegan a Belén, María entra en trabajo de parto. José trató de encontrar un buen lugar para que María tuviera a su bebé, pero todos los “mesones” estaban llenos. Todo lo que pudieron encontrar fue algo parecido a una cueva en la parte posterior de uno de los mesones.

Para que la profecía se cumpliera, Jesús tenía que nacer en Belén en circunstancias humildes. El César pudo haber pensado que él es quien estaba a cargo del mundo, pero no era así. Dios sabía lo que estaba haciendo al usar incluso algo tan sencillo como un censo a fin de lograr que su plan de la Historia Primaria se cumpliera.

**Conclusión**

Para los hijos de Israel la espera ha finalizado. Jesús nace en un establo rodeado por animales de granja. Los cielos se regocijan y los ángeles anuncian su nacimiento. Los pastores y los magos acuden al humilde pesebre para adorar al nuevo Rey. En la ciudad de David. Un Salvador. El Mesías. El Señor. Exactamente como estaba planeado. No para salvar la reputación de María y José, sino para salvar a una nación. Para salvarnos a ti y a mí.